

Siempre Abril

Moisés Cayetano Rosado

Otoño-invierno, 1999-2000

*Se a História é interdita e não nos resta sequer a escrita
que farei eu com este cravo?*

MANUEL ALEGRE

PÓRTICO.

Lacerados manglares, junglas secas
desde ojos enlodados que lo observan, voz
sedienta

nuevamente por mares
buscando las quimeras, cultivando el orgullo
de la fiebre perenne, soñadora
de solemne grandeza,
estéril y sangrienta.

Y siempre la misma carne fustigada,
errante por el mundo,
vacía en el retorno, mísero destino.
¡Adiós!, de continuo el adiós
resecando los labios,
torturando las noches largas de la espera,
las jornadas terribles de la nada. Atados
los destinos oscuros
con las fuertes cadenas engrasadas
por el ensayo eterno de la Historia.

Fiebre,
en las frentes castigadas, fiebre,
y el látigo dispuesto, las oscuras,
las húmedas mazmorras preparadas,
repletas y forzadas hasta los mínimos rincones.
Y en el pecho,
un sueño abriéndose camino,
una locura,
una explosión volcánica de pronto incontenible,

lava
de estéril laminaria que, abonando los campos,
devolviera a las manos el fruto proyectado,
el fruto para todos,
tierno pan,
honrado porvenir,
compartido futuro emocionado.

Irrefrenables voces
abriéndose camino.

Esperanza,
mil veces abortada,
señalando la tierra ennegrecida,
proyectando su manto de verdor.
Sólo restaba
ponerse a caminar;
romper amarras,
comprender que todos,
uno a uno,
grupo a grupo,
masa incontenida,
habían sido llamados por fin a la conquista.

1. **AMANECIDA.**

ESO ERA TODO.

Eso era todo:
desolación y miedo.
Pálida estampa
de patriarcas soñando con grandezas
desde decrepitas tribunas de ceniza.
Mordazas sostenidas
con fuego y con cadenas.
Bendecido imperio de papel
ardiendo como infierno para una inmensa mayoría.
Ruina y miseria, hambruna.
Horizonte cerrado, antorcha alimentada
por las propias manos forzadas a sacarla en procesión.

Eso era todo:
la boca que amenaza, que hiere y que destruye;
las bocas que reclaman su lugar.
Una zarpa crispada y vigilante;
unos brazos buscando
el siempre aplazado amanecer.

Y cuando un día
se llenaron las calles de risas y claveles,
de canciones y sueños disparados
como salvas de honor a un tiempo con futuro,
se comprendió que aquello
no era más que fachada de terror,
podrida escena evaporada.

para aquél que reparte las espigas,
 descorre las cortinas empolvadas, hace fuego
 para manos temblantes, ateridas.

*“Em cada esquina um amigo,
 em cada rosto igualdade”*, en cada mano
 la esperanza sangrante de claveles
 rebosantes de lágrimas, repletos
 de llantos de alegría.
 De abrazos aplazados.

Y allí,
 como una antigua, legendaria,
 heredada promesa,
*“a sombra de uma azinheira
 que ya não sabia idade
 jurei ter por companheira
 Grândola tua vontade”*.
 Sacrificado pueblo, lacerados hijos
 sacados a luchar con la locura,
 juró el cantor, juraron todos,
 cortar con las cadenas,
 cortar con la acerada

mirada del rencor

y buscar
 el calor de las manos, los brazos fraternales,
 a un lado y otro
 del mar teñido con la sangre,
 de los mares teñidos con el odio.

La voz, aquella voz,
 que muchos después

-¡ay!- ignoraron,
fue la clave del nuevo despertar,
el arma sin pólvora ni plomo,
la luz de *Abril*, gozoso
compás de la alborada.

SOLDADOS DE ABRIL.

*A los jóvenes portugueses de los años 60 y 70,
sufrientes en las selvas africanas.
Para el general Vasco Gonçalves, que tanto ejemplifica.*

Yo he visto gritar a los soldados
con un clavel sangrando entre los labios.
Venían de una muerte segura en los manglares,
donde siempre los mismos padecían,
de un lado y otro,
cualquiera que fuesen las trincheras;
donde siempre los mismos festejaban
el triunfo de siglos sobre las mismas pieles,
sobre los mismos brazos castigados.

Recorrieron las calles de Lisboa
como formando parte de un cortejo,
de una bandada inmensa de palomas
sobrevolando plazas, sobrevolando calles
en donde el pueblo se agolpaba
como si hubiera sido convocado
al rito nupcial de primavera.

Fue la fiesta de *Abril* y todo el aparato
que rasgaba sus venas
con las fauces de hiel, con su pillaje,
se fue por las cloacas perseguido
por gritos de canciones y por flores.

Después,

aquella juventud uniformada
regresó hasta sus casas,
cambió el correaje
por el urgente traje de faena,
cogió las herramientas añoradas
y se puso a diseñar, codo con codo,
la nueva orografía de su país.

LAS MUJERES DE ABRIL.

*A Catarina Eufemia, precursora, in memoriam.
A Irene Leão, que dejó atrás tantas cosas personales.*

Todos las vimos.
Unas eran sarmientos, sombras
esperando en las puertas de sus casas
el paso de la nada;
soportaron hambrunas sucesivas
y el palo amenazante, las húmedas
paredes cavernosas.
Otras aún sostenían las azadas
y doblaban su vida
por un poco de aliento contenido,
por la esperanza vaga de un mañana.
Las que brotaban todavía como tallos en flor
pensaban en la huída, no querían
acumular los lutos presentidos.

Pero sus gritos fueron más profundos,
el coraje estallando con más fuerza
no por sí, por aquellos que venían,
por los niños febriles que arrastraban
desde su vientre repetido,
desde sus manos siempre tan vacías.

Abril fue la explosión,
y los claveles una señal de fuego
que cortaba alambradas y daba paso abierto
a una vida de siembra compartida.

Todos pudimos verlo, su coraje
dejó en mantillas incluso a los disparos;
la mirada, la decidida fuerza de sus manos,
fue más allá que los lentos decretos discutidos.
Ellas quitaron el barro del camino,
los cerrojos, las mil imposiciones.
Alejaron las sombras, la servidumbre esclava,
la proyectada huída,
y fueron la espoleta, la bandera
de un nuevo, esperanzado,
valiente y compartido porvenir.

SALIDA A LA LUZ.*A todos los que sufrieron persecución y cárcel.*

Los abrazos envueltos en lágrimas y luz
 dejaron atrás espesas galerías,
 largas sombras
 salidas del dolor, de las cadenas
 que retuvieron su canto, su fiebre,
 su utopía.

Nadie pudo jamás con su locura,
 su errática locura
 vagando por caminos enlodados,
 gritante y contundente,
 mil veces sometida a mil tormentos,
 mil veces torturada

hasta un extremo sin fin, irresistible;

como dioses
 privados de la voz, la compañía,
 el pan, el sueño,

el agua,

el aire,

dioses hundidos en la eterna,

desgarrada impiedad,

sin un suspiro ya con que aliviarse, nada.

Y salieron así,
 como quien deja atrás la alcoba,
 como el que acaba de ducharse y nos pregunta
 por la nueva tarea con que ponerse a la faena,
 como el que estuvo descansando tanto tiempo
 y necesita

del ejercicio sano, un entretenimiento y busca
cómo ganar los años aplazados.

No eran sombras ni rictus de dolor
sus golpeados rostros;
no eran cieno ni lluvia de rencores
sus palabras calientes,
su grito sorprendido.
Ni siquiera reproche, ni siquiera
leve deseo de verse compensados.
Sólo prisas,
prisas por empezar,
soñar de nuevo,
buscar una salida para todos
que a todos devolviera
el pan y la sonrisa,
que a todos convocara
a un nuevo tiempo por todos compartido.

Y no eran ellos
tan sólo
lo que salió a la luz;
salió con ellos su calidez, su ejemplo,
su dulzura rasgada en mil pedazos
y vuelta a componer;
su abrazo solidario
multiplicado en cada uno
de los que fueron recibiendo su calor
y comprendieron
que ese amor desbordado, urgente, imprescindible,
necesitaba ser
la única bandera.

2. SOMBRAS Y UNA TENUE LUZ **ESPERANZADA.**

OS CAPITÃES.

A mi entrañable “capitão de Abril” Durán Clemente.

Aquellos capitanes
no blandían la espada para herir.
Dijeron “¡basta!”,
y el ruido de tanquetas en la calle
levantó un griterío de claveles
que fueron mariposas
posándose en las bocas del tormento.
Aquellos jóvenes románticos
sacaron las palabras del conjuro:
“pueblo”, prosiguiendo:
“paz”, “justicia”, y no cesaban
clamando “¡libertad!”.
La fiesta se cuajaba de alegría,
no pararon
los gritos compartidos, hermanados
los brazos soñadores.

Se pusieron de manos a la obra,
levantaron quimeras donde cupieron todos.
La tierra se llenó de surco abierto
y trigo florecido;
las calles de personas sin miedo al sobresalto;
las casas de calor,
sin temor al desahucio acostumbrado.

Y luego,
cuando vinieron las tormentas,
cuando se recondujo la fresca bocanada,

se templaron las gaitas,
se fue domesticando el espontáneo arranque,
aquellos conductores apartados
por propia voluntad
de la primera línea del reparto,
fueron eliminados de la escena:
les estorbaban,
les inquietaban ya a los muñidores
incluso para hacer de teloneros.

***SALGUEIRO MAIA EN LA HORA DE
DESCOLGADOS HOMENAJES.***

Enseguida el olvido;
después la exaltación como homenaje
al mismo que la hace, no a ti mismo:
al que se pone las medallas
cuando llega la hora de la fiesta,
pasada la tormenta de la que supo resguardarse.

Tú, una voz de firmeza irreversible,
un cuerpo expuesto
a la última locura

de fiera acorralada...

Vinieron , tras las flores,
los silencios;

tras los primeros parabienes,
la penumbra,

y tras ello

la dura mezquindad.

Tú,
como todos los que os jugasteis todo
pensando en los demás
y no en las obsesivas

hombreras recargadas,

acataste la afrenta con grandeza
y te fuiste al olvido
y al eterno reposo de la losa.

En tu mar vegetal,
abierto al valle

sosegado
de Castelo de Vide,
has vuelto a alzarte una vez más.
Y no por la fanfarria
de los que juegan sucio con tu nombre,
sino por la mirada
de la gente sencilla,
que al contemplar la escena
de montajes teatrales
sonríe, y es condena su rictus,
sabiendo que compartes, desde tu paz,
el mudo sentimiento.

El homenaje, con todo, es más profundo:
está en los corazones
agradecidos, cálidos y tiernos, de tu pueblo.

CAMPESINOS DE ABRIL.

A mis amigos y dirigentes campesinos Ant3nio Gervasio y Jos3 Le3o.

Vosotros conocisteis oscuros corredores.

No fue un t3pico
el hambre y la sed,
el sue1o secuestrado.

Conocisteis el l3tigo, la sa1a
de los tiempos terribles,
la densa soledad.

Con el grito y la flor, fuisteis vanguardia.

No fue obst3culo
la piel resquebrajada y el dolor
de tantos a1os de agon3a.

Nuevamente volvisteis a los surcos, esta vez
empu1ando las leyes y la azada.

Vosotros,

sembrasteis de ilusiones el barbecho,

los campos a1orados, tanto tiempo
dormidos al placer y los caprichos;

llenasteis los hogares de alegr3a,
de pan y de canciones,

y los pueblos tendidos

al sol de la planicie

se quitaron el polvoriento manto de los lutos
y construyeron su digna libertad.

Pero vosotros tambi3n

hab3is sufrido luego la derrota,

la vuelta a los tiempos combatidos
por la fiesta de *Abril* y los claveles.

Una vez más

domesticaron sueños y canciones,
devolvieron la tierra a los engaños,
sembraron de ceniza, de sal, vuestros cultivos.

¿Qué fue más lacerante, eternos soñadores,
las uñas aplastadas por aquel enemigo declarado
o este expolio tajante
de aquellos que otro día
sostuvieron también vuestra bandera?

LEVANTANDO SIEMPRE LAS ESPIGAS.

*A los que aún levantan el puño y los claveles.
Para Alvaro Cunhal.*

¿No estás cansado
de levantar tus manos hacia la nada inmensa,
hacia la nada?

Salir mañana tras mañana,
recibir la dentellada cruel de cada día,
llorar sobre las piedras siempre sordas,
siempre duras,
por siempre indiferentes.
Volver una vez más
a la ilusión frustrada,
a todos los proyectos desfondados,
a la creencia ingenua
de que esta vez será definitiva.

¿No te pesa en el alma
la lucha que libras de continuo
para nada?

Ver como te acompañan
escaladores avispados que abandonan
la nave que ellos mismos destrozaron
y te dejan en medio
de las olas furiosas, la triste soledad.
Caminar sobre la ardiente arena del desierto
sin nadie que se pare
a recoger los ecos de tu voz.

Gritar una vez más
las sagradas consignas que los demás ya ignoran.

¿No te sientes vencido
después de tanta sangre derramada
para nada, lanzada hacia la nada?
¿O sigues sosteniendo todavía
que la espiga finalmente se engrana
al acabar la vida
de la caña que supo alimentarla?

Son otra vez sarmientos desnudos del invierno
que no confiarán más
en nueva primavera.

ANCIANAS EN LAS PUERTAS DE SUS CASAS ESPERANDO

•
A las recias ancianas de Tràs-Os-Montes, amables, dolidas y profundas

Tras los rezos,
tras tanto rezo y rezo,
¿qué dios os vino a socorrer?
¿Qué aire devolvió los sonidos,
las risas, las palabras, los llantos
de vuestros *filos espalhados por todo o mundo inteiro?*

Llevan siglos así,
esperando en la puerta
la llegada del hijo que se fue,
que cogió las maletas
como quien coge el alma buscando un paraíso
y no regresa nunca:
y tampoco lo encuentra en parte alguna.

Llevan la eternidad
rezando, entrecruzadas
sus sarmentosas manos, descansando entre lutos,
regadas por las lágrimas del luto jamás interrumpido.
Mínimas.
Sentadas en la silla desfondada.
Curiosas al pasar el forastero.
Desdentadas.
Profundas como el mar que nunca han visto.
Emparedadas
entre lancha y granito,

pizarra y bolo berrocoso, paja y cal.

Si se mueven, si entran en la casa,
si salen
limpiándose los labios insondables
tras apagar la sed,
veremos una sombra recorriendo el espacio indefinido.
Sólo sombra.

¿Olisteis,
ancianas de corteza y raíces de *sobreiro*,
el perfume de flores nacidas en *Abril*
antes de que el verano las mustiara
con su ardiente espada, terrible, vengadora,
o no llegó hasta aquí fragancia alguna
que después pudierais añorar?

MADRES AL BORDE DE LA MAR.

*Para las “mujeres marítimas” de Portugal, a las que no llegó la brisa
de la “Revolução dos Cravos”*

Son las madres dolientes
del Miño hasta el Algarve,
con sus manos al viento,
cortada su mirada
por la línea azul del horizonte,
sin horizonte alguno, sin futuro.
Miran las olas bravas,
la espuma enloquecida;
miran el infinito desde siempre,
con su pelo encrespado, con los ojos
brillantes de sal y de vacío.
Enjutas y terrosas,
encorvadas.

Son las madres heladas, congeladas,
las madres apagadas en el ¡adiós!
del que no esperan
la alegría de vueltas, el abrazo
del hijo retornado.
Se los lleva la mar, están
habituadas a la eterna partida de los siglos.
Siempre porque el futuro
se aleja con el sol, o porque necesitan
su concurrencia joven
en lejanas batallas que nunca les han beneficiado.

Ellas quedan ahí,
enloquecidas, muertas,

solitarias, vacías.
Miran al mar, del que sacaron redes,
con el que batallaron
sacudiendo su piel y sus espinas,
con el que destrozaron
los sueños mantenidos
mientras duró la luz de su mirada
tan apagada ahora,
tan perdida. Nada
les pone un brillo de gota de rocío,
un leve resplandor,
un sobresalto alegre, algún
vuelco que les incite al pestañeo,
al leve testimonio de vida que se inicia.

Ni *Abril* pudo siquiera
con su dolor inmenso:
sus hijos se perdieron
por los tristes caminos de la mar
a donde miran
por si el capricho de las olas
quisiera devolverlos.

UNA TENUE LUZ

•
A mis compañeros de la CDU, soñadores siempre.

Tras las primeras flores y canciones,
 vino la lucha pueblo a pueblo,
 esquina tras esquina,
 devolviendo las casas a la *gente*,
 la escuela a los *meninos*,
 la plaza a los *velhotes*,
 el pan a las *mulheres e os homens* que gritaron su hambre
 por los extensos secarrales,
 por la planicie secuestrada.

Fue una dura pelea, incruenta batalla
 ganada con la voz, con el ejemplo,
 las firmes voluntades
 de los que no desandaron los caminos,
 de aquellos que nunca claudicaron.
 Pero ha sido más dura todavía
 la desertión continua, el salto a la otra orilla
 de quienes calentaron también la sangre solidaria,
 de quienes prometieron hacer inamovibles las consignas.

El tiempo,
 con su cruel pisada sobre las yerbas tiernas
 replantadas por aquel *povo unido*
 que asombró al mundo entero,
 ha llenado de barro caminos y cosechas;
 de polvo, leyes, normativas;
 de olvido, consignas y entusiasmos.

Muchos fueron
los que agarraron los cuernos de una nube
y se subieron al falso paraíso;
pero abajo, en la tierra, despojados,
otros aún continúan renovando utopías,
desmontando los moldes, los barotes,
anclados en promesas
antiguas y siempre restauradas
como si nuevamente *Abril*
estuviese a punto de estallar.

3. ¿DE NUEVO AMANECER?

FADO.

*Para Carlos do Carmo y António Gonçalves, comprometidos fadistas
entrañables.*

Se llenan las plazas con la voz portentosa,
y tiembla la llama de la vela
con el desgarró tierno de unos versos
que suben por el vino y por la sangre.
Allá,
un pueblo coreando los recuerdos
mínimos, poderosos, *do homem das castanhas,*
do menino da rua, con su frío y su hambre.
Acá,
el grupo nostálgico que busca
duas lágrimas do orvalho
en los ojos febriles, ardientes, del amor.

Acá y allá,
Alentejo um brasido,
Portugal una hoguera que envuelve con sus fados
el recuerdo común, la compartida lucha.
No un fado de grandezas,
de ciega complacencia en las historias pavonadas;
no la silente adormidera,
no la cegada cerrazón.
El fado denso, espeso, removedor y duro
de la gente que sufre y que camina,
del hombre que se agacha
a recoger el fruto de la tierra,
de la mujer que grita y que trabaja,
de aquellos que aman, se fatigan,

se desenvuelven en la quemante desazón
pero levantan siempre sus banderas.

Se llena el aire abierto de entusiasmos
y el convocado a la reunión cerrada
se llena también de luces de colores.
Alguien, eufórico, cargado de recuerdos,
vocea "*Abril!*" rasgando los silencios,
y se ve amanecer en el coro de voces
que levanta palomas de esperanza
al contestar como un resorte disparado.

YO SOY ABRIL.

Yo soy *Abril*.

Vengo de la profunda lucha de los siglos,
del dolor de los muertos ignorados,
de la boca cerrada a latigazos.

Vengo de las mañanas
sin luz,
oscurecidas con voces, amenazas,
cenizas de quien no se doblegaba.

Yo soy el llanto y la canción,
la polvareda
que producen los surcos levantados,
el ruido
de la fábrica en marcha, los talleres
con sangre renovada.

Soy la locura generosa,
la juventud que no se acomodó,
el brillo de un clavel
rematando las bocas de la muerte
que resultaron ser
semilla de la vida.

Soy la palabra
que se habitó de risas y promesas,
de abrazos fraternales,
de conjuros hechos para que huyeran
las sombras, los fantasmas,
las húmedas cadenas,

los ojos
que con sólo mirar ya condenaban;
conjuros que traían
la caricia serena de unas manos
hechas para el amor, para el trabajo,
para ser alzadas como espigas.

Yo soy *Abril*. Levanto cada día
mi copa emocionado
por aquellos que no se resignaron
a un fognazo ardiente y pasajero
y avivan los rescoldos de mi fuego
para que pueda calentarse el desvalido.

MONUMENTOS A LA REVOLUÇÃO DOS CRAVOS.

Para Adelino da Silva Tavares, tan entusiasta; vereador da Câmara Municipal de Seixal, una de las primeras en levantar un monumento conmemorativo del "25 de Abril".

Tu piel se llena de cadenas vencidas,
de claveles que emergen por entre el amasijo
de hierros retorcidos.
Pesados bloques de granito,
planchas brillantes de acero y de cemento
no pueden evitar que algún resquicio
apenas perceptible
deje salir la flor que estalla
llenando de colores las húmedas cavernas.
Tu piel doliente,
tendida hacia el Atlántico de gloria y perdición,
marítima y terrestre,
forjada en el contraste que marcó los destinos
de aquellos que no acataron nunca
el seguir sosteniendo con su sangre
la gloria tan vacía.
Tu piel,
cálido cosmos,
oleaje y montaña,
páramo y arboleda,
solar del entusiasmo lleno ahora
de recuerdo, homenaje y advertencia.
Palomas en las manos, preparándose al vuelo;
rojizas, espirales alas;
brazos como soles y cipreses

coronados de estrellas;
atlantes liberados; monolitos
como flechas
 verticales
 de amor; magnéticos mensajes.

Toda tu piel
 sencillo monumento
humilde a los humildes,
grande por ello, grande,
recia exigencia, recia –recuerda-,
recia exigencia para todos.

mezquina
de los que sólo a sí mismos se vieron retratados,
y nos traen nuevamente la bocanada fresca
de los sueños
que nadie puede arrebatarnos.

INDICE

3. Pórtico.

5. Amanecida.
 6. Eso era todo.
 7. La voz de Ceca Afonso.
 10. Soldados de *Abril*.
 12. Las mujeres de *Abril*.
 14. Salida a la luz.

16. Sombras y una tenue luz esperanzada.
 17. *Os capitães*.
 19. Salgueiro Maia en la hora de descolgados homenajes.
 21. Campesinos de *Abril*.
 23. Levantando siempre las espigas.
 25. Ancianas de luto reposando a la sombra.
 28. Ancianas en las puertas de sus casas, esperando.
 30. Madres al borde de la mar.
 32. Una tenue luz.

34. ¿De nuevo amanecer?
 35. Fado.
 37. Yo soy *Abril*.
 39. Monumentos a la *Revolução dos Cravos*.
 41. Colofón.